

-Pss, eh, recuerda lo que debes hacer -susurraba el zorro en la oreja de la liebre.

-Sí, sí. ¿Tú has apostado ya por quién debías? -Insistió la liebre.

-¡Por supuesto! ¡Todo en orden!

El zorro volvió a la caseta de apuestas donde el gato guardaba todo el dinero apostado. Allí todo el mundo había depositado sus esperanzas en la liebre menos el zorro. Cuando llegó la tortuga, el lobo soltó un aullido para iniciar la carrera.

La tortuga corría tan rápido como podía pero la tortuga era demasiado veloz para ella.

-Bien -suspiró-, ya estoy muy lejos, me echaré una siesta.

Entonces la liebre se tumbó debajo de un árbol y se quedó dormida. Para cuando despertó la tortuga ya había ganado la carrera. Los demás animales abucheaban a la liebre y ella se ocultaba bajo un falso gesto de vergüenza. Por otro lado, el zorro, rebosante de felicidad, alardeaba de su maravillosa decisión y del gran botín que había logrado tras la victoria de la tortuga.

Una semana más tarde el zorro, la tortuga y la liebre se reunían tras unos arbustos.

-Aquí tenéis, chicos, vuestra parte del trato.

Tras decir aquello el zorro sacó tres sacos de monedas de su mochila.

-Esto para ti, liebre; este para tortuga y el último para mí. Yo me quedo el grande, que para algo es mi plan.

-¡Nunca me había sentido tan bien después de perder una carrera! -Dijo riendo la liebre.

-¡Ni que lo digas compañera! -Apoyo la tortuga.

Los tres se rieron a carcajadas por el modo en el que habían logrado engañar a todos los animales. Se fueron a sus respectivas casas, donde hoy iban a soñar usando su dinero como almohada.

Rafa Martín Domínguez 2º ESO C